**Presentación**

La circulación del conocimiento geográfico, a través de una cultura material que comprende textos, instrumentos e imágenes en diversos formatos, actualmente es objeto de una gran atención por parte de numerosos especialistas. La historiografía más reciente sobre las prácticas científicas, influida por la sociología y la filosofía de la ciencia, ha enfatizado el estudio de los instrumentos, las máquinas y los individuos como parte consustancial del conocimiento científico, al igual que las teorías y los hechos. Esta forma de historiar el desarrollo científico no sólo se centra en los avances y descubrimientos, sino que va más allá, considerando el conjunto de prácticas que lo envuelven como una compleja actividad cultural, social y material.

En los últimos años, desde la Historia de la Ciencia, se han superado las explicaciones en torno la diseminación del conocimiento durante la Edad Moderna como un simple circuito bidireccional “centro-periferia” entre Europa y sus colonias, las cuales habrían recibido la ciencia occidental y, a su vez, emitido simples datos, luego interpretados y procesados por los foráneos. En el ámbito de la geografía, este modelo de “difusión” reforzaba los valores tradicionales de la cartografía científica europea como único patrón de expresión gráfica —y, por tanto, de interpretación del espacio— universalmente válido. Con los aportes de la historia cultural y los estudios coloniales y postcoloniales, se ha reemplazado la explicación del Nuevo Mundo (y otros territorios alrededor del globo) como escenario inmóvil de las investigaciones y experimentaciones realizadas por los europeos (o al servicio de los europeos) en su suelo y se pone de relieve el tránsito de los conocimientos naturales más allá de sus lugares de origen —o de donde tienen lugar las observaciones y mediciones— y su eventual difusión y universalización como parte de un proceso multifacético y multidireccional de intercambios, donde operan mecanismos de negociación e integración de agentes y saberes. De esta forma, se ha articulado una narrativa de la historia de la ciencia (y, por tanto, también de los mapas) como una historia de encuentros y conexiones globales. En este sentido, se han integrado en el relato otras prácticas de mapeo y miradas alternativas sobre el territorio, representaciones mestizas o híbridas, así como valoraciones —de carácter experiencial e intersubjetivo— acerca del entorno y del lugar de cada comunidad en el cosmos.

Recientemente, diferentes escuelas en historia de la cartografía —especialmente latinoamericanas— han sabido relativizar el peso de los grandes centros o “laboratorios” cartográficos dirigidos desde las metrópolis coloniales y han estudiado la producción de mapas e interpretaciones del espacio no solo en los ámbitos periféricos, sino también por sujetos tradicionalmente considerados periféricos. Con estos avances, los académicos han planteado la actividad cartográfica en sus complejas relaciones con la sociedad, las estructuras imperiales, las instituciones científicas y las condiciones locales de producción, transmisión y manejo de los instrumentos y los conocimientos territoriales. Los mapas que resultaron de los encuentros coloniales y poscoloniales, y sus múltiples usos en América y Europa, nos revelan una historia de la cartografía tan dilatada en lo global como concreta en lo local, con igual capacidad de expandir e integrar a los imperios como de reducir y oprimir al resto de los pueblos.

Si bien desde hace algunas décadas, la historia de los mapas ha logrado superar el tradicional estudio de estos dispositivos visuales como parte de un progreso lineal en continuo perfeccionamiento, sigue siendo necesario recordar que los mapas, en tanto que son objetos en continua circulación, y son leídos, reelaborados y utilizados por diferentes sujetos (en diversos lugares y tiempos, y con incontables propósitos) deben considerarse como “knowledge *in* transit”: Un conocimiento de carácter visual, supeditado en su producción, uso y consumo a las contingencias inherentes tanto al propio desplazamiento del mapa-dispositivo (entendido como un objeto cultural que viaja de mano en mano) como al desplazamiento ontológico del espacio-representado en el mapa (las nuevas vidas del espacio-representado que es trasportado y reinterpretado en múltiples nuevos espacios). La propuesta de este monográfico atiende a la historia de los mapas como piezas de un conocimiento “en construcción” y “en movimiento”. En otras palabras, los mapas se nos muestran como un sistema de versiones de realidades interpretadas —provisionales y coyunturales— cuya imagen va mutando y se va rectificando continuamente.

Desde una perspectiva global, los ocho artículos que componen este dosier abordan la construcción del conocimiento geográfico entre América y Europa a partir de varios estudios de caso que van desde el XVI hasta los inicios del siglo XIX. Los procesos de circulación de los mapas se conciben como escenario de formación del conocimiento, a través de intercambios y trasvases de ideas, personas e imágenes que configuran y reconfiguran tanto los mapas analizados como los espacios que son en ellos representados. Se desplaza el foco de atención de los lugares de recogida de información, de los “laboratorios” o centros de procesamiento y producción de mapas e, incluso, de los espacios concretos de difusión y consumo, para atender de manera particular a las mutaciones de los mapas en el transcurso de estos desplazamientos geográficos, políticos o sociales. Desde su ámbito de especialización, cada uno de los autores analiza un conjunto de fuentes —cartas náuticas, derroteros, mapas de distintos formatos y en diversos soportes, atlas y croquis catastrales—, individuos, instituciones o proyectos significativos donde se evidencia la naturaleza mutable de los mapas “en tránsito” y cómo, puestos en circulación por artífices y usuarios, los mapas y los territorios que representaban se reinventaron constantemente a través de la apropiación, reinterpretación y reconfiguración de su propia imagen.

Durante los siglos modernos, las dimensiones del planeta se redefinieron en distintos espacios y escalas, pudiéndose conectar no sólo personas de diferentes culturas, sino también el capital y los sistemas políticos y religiosos en una nueva red global. El desarrollo cartográfico que corrió en paralelo a esta evolución, tradicionalmente ha sido planteado como un resultado, es decir, como una evidencia del progreso exploratorio, del desarrollo náutico y como una imagen política de un mundo cada vez más europeizado. Sin embargo, los intercambios intelectuales y los desarrollos culturales y científicos estuvieron determinados por unos complejos mestizajes en los territorios de ultramar, al tiempo que las potencias europeas se esforzaban por acopiar, sistematizar y analizar los conocimientos que llegaban desde los lugares más remotos del mundo.

Los mapas, y la práctica cartográfica en sí misma, que se consagró como una actividad eminentemente científica, fueron agentes y testigos del drástico cambio del mundo que se produjo desde comienzos del siglo XVI (Soler, 2015). Los mapas eran entes vivos, revisados y releídos con cada nuevo viaje que regresaba a puerto cargado de descubrimientos y novedades. La cartografía, con mayor celeridad y certeza que ninguna otra disciplina, creó y recreó la forma del orbe. A partir de la primera vuelta al mundo, Antonio Sánchez reivindica la travesía de Magallanes y Elcano como eslabón fundamental para entender la evolución de la imagen de la Tierra y de las técnicas científicas implícitas en la navegación. Si bien la historiografía ha recalcado el carácter casual e involuntario de esta gesta, el autor subraya no solo los desarrollos náuticos previos que posibilitaron la circunnavegación sino su impacto en la articulación de la geografía moderna, como parte de un dilatado proceso de transferencias cosmográficas y cartográficas entre Portugal y España. El cambio de las escalas y la necesidad de nuevos mapas que explicasen la completa esfericidad del mundo fue paralela a un anhelo por lo visual —y, si cabe, por lo espectacular— mediante una profusa proliferación de imágenes cartográficas. La reconfiguración de la geografía a partir de un accidente histórico y de la síntesis de múltiples observaciones alrededor del mundo, lo que fue explicado y develado mediante un corpus de mapas y textos en continua reelaboración, muestra el carácter contingente y oscilante de los objetos que articularon el conocimiento natural.

El establecimiento de canales de información —formales e informales— entre distintos centros de producción de mapas en el continente europeo constituye uno de los elementos clave para comprender la difusión y construcción de la imagen de un mundo en constante cambio. A inicios del siglo XVI, frente a la llamada “política de sigilo” decretada por las Monarquías ibéricas sobre su material cartográfico y los conocidos relatos de “espionaje cosmográfico”, José María Moreno Madrid rastrea las corrientes de información entre diferentes naciones y demuestra la permeabilidad de estos saberes y la “benevolencia” de los Estados con la circulación de la información. Si bien en Portugal y Castilla se promulgaron leyes para evitar la fuga de información estratégica, lo cierto es que el trasvase de especialistas —de unas naciones a otras— y de sus respectivos bagajes cartográficos —aplicados a su trabajo cotidiano— articuló un aparejo visual “altamente cotizado”, con tendencia a la uniformidad y a la asimilación de convenciones gráficas, que se transformó en auténtica riqueza por las distintas aportaciones de cada nación. Con todo, los flujos de producción, circulación y consumo de estos mapas (ya fuesen obtenidos por cauces legales, adquiridos en el mercado negro o como resultado de acciones individuales) sirvieron para sentar las bases de nuevas comunidades interpretativas: grupos de cartógrafos-lectores-autores que interactuaron tanto con otros académicos como con los pilotos y expertos que les proveían las informaciones para las cartas que luego acabarían empleando en altamar.

Pensar en el rol de los artífices de los mapas como testigos, transmisores o intérpretes de una información geográfica, necesariamente nos lleva a considerar la singularidad de cada experiencia y las infinitamente diferentes impresiones supeditadas, además, a la mediación de los instrumentos disponibles. Sin embargo, en los inicios de la Edad Moderna, pocos dudaban de la capacidad del observador directo para aprehender la realidad y, de ese modo, se priorizaron los testimonios de primera mano para la producción de materiales cartográficos precisos donde quedasen registrados los nuevos descubrimientos. Así, las cartas de navegar quedaron configuradas a partir de la experiencia marítima, como garantía de certeza y con un valor instrumental para el desempeño de nuevas singladuras. A lo largo de su artículo, Chet van Duzer analiza los escasos testimonios que nos hablan —en primera persona— de los autores de las cartas de navegar y de los islarios, y cómo su producción se fue diferenciando en paralelo a la transformación de la consideración del “autor como testigo” y la ampliación de los potenciales públicos de sus obras. A inicios del siglo XVI se nos presenta el embrión de lo que sería la “cartografía de gabinete”, especialmente relacionada con la elaboración y la creciente difusión de islarios y colecciones de mapas para el consumo suntuario y erudito, “un género para el viajero de sillón, escrito por un geógrafo de sillón”. Estos cartógrafos aseguraban el éxito y circulación de sus productos mediante unos resultados estéticamente atractivos, pero también implícitamente dotados de autoridad, para lo que habrían necesitado acopiar noticias, experiencias e imágenes con probado poder de convicción.

Entre las tareas asumidas por el artífice de los mapas no solo estaba la traducción de estas múltiples fuentes a su propia lengua, sino también la translación de los textos a imágenes específicamente cartográficas. Este ejercicio implicaba la interpretación de unas experiencias concretas sobre un territorio, pero también la puesta en juego de múltiples flujos de información adicionales, la repetición de modelos visuales o la reelaboración de nuevos tipos iconográficos, de lo que resultó una rica y compleja recreación de la naturaleza representada. Carolina Martínez estudia en detalle la traducción visual de las primeras descripciones y crónicas del Nuevo Mundo sobre las láminas de la *Cosmographie Universelle* de Guillaume Le Testu (c. 1556). A estas formas de traducción, la autora suma una tercera fórmula orientada a la apropiación discursiva y gráfica de los acontecimientos históricos y del territorio, en este caso, dirigida a fomentar la expansión francesa sobre América del Sur. A través de exuberantes imágenes de la naturaleza del Nuevo Mundo, los mapas no solo lograban facilitar la comprensión e instrucción acerca de su geografía, flora y fauna. Armonizando capas de información para el agrado y deleite del público, las representaciones humanas sobre los mapas —escenas cargadas de dinamismo y vistosidad— también sirvieron para condicionar y determinar actitudes y prejuicios sobre los pueblos americanos.

En los ámbitos coloniales, el desarrollo de la ciencia criolla fortaleció la comunicación entre los saberes locales y unas nuevas formas de expresión de la ciencia para un público global. En el siglo XVIII, en el virreinato de Nueva España, el sacerdote José Antonio de Alzate recopiló y puso en valor el conocimiento natural mexicano, pero orientándolo a unas categorías universalmente aceptadas, lo que implicó —por un lado— la adaptación de sus mapas y escritos para distintos públicos y —por otro— la recepción, traducción y transformación de su obra fuera de su alcance, en los ámbitos por donde circuló, en concreto en la *Académie Royale des Sciences* de París. A partir del *Nuevo Mapa Geographico* de 1767, José María García Redondo analiza cómo, en estos procesos de circulación, pueden llegar a intervenir sobre un mismo mapa múltiples tradiciones y dinámicas de conocimiento locales y extranjeras, con influencias intelectuales diversas y, a veces, contradictorias a lo largo del tiempo, incluso, a través de la mano del mismo autor. En su propuesta, el autor plantea cómo Alzate reelaboró su mapa y adoptó estrategias de simulación de convenciones cartográficas —de carácter estético y astronómico—, en función de los potenciales públicos y de la deseada repercusión social de su obra.

Ante los conflictos territoriales, los mapas fueron percibidos como un valioso instrumento al servicio de los intereses nacionales, con sus deliberados silencios, alteraciones y secretos, como apuntó John Brian Harley (1988). A finales del siglo XVIII, el creciente número de mapas disponibles (y de personas con acceso a los mismos), reforzó en la conciencia de los diplomáticos la necesidad de escoger bien sus instrumentos cartográficos ante un conflicto territorial, puesto que la información y los argumentos visuales podrían diferir de unos a otros. En el contexto del Tratado de San Ildefonso (1777), entre Portugal y España por su frontera en Brasil, Júnia Ferreira Furtado analiza la puesta en circulación de mapas portugueses —y su interacción con la cartografía española— y cómo las líneas fronterizas de Brasil fueron difundidas en Europa en obras geográficas de carácter general. La interacción de las informaciones diplomáticas de los portugueses con la labor cartográfica y editorial de los franceses Rigobert Bonne y Guillaume Thomas Raynal revela un complejo panorama de lecturas y relecturas de los mapas: El uso e interpretación de ciertos mapas (así como su copia y adaptación) determina los posteriores patrones de interpretación y las actitudes sobre una imagen y el territorio representado. Así, frente a la imagen aséptica y científica de la cartografía, la transformación y olvido del mapa de Juan de la Cruz Cano (1775), con importantes modificaciones a lo largo del tiempo, evidencia las herramientas de los imperios portugués y español para redefinir —a través de los mapas— el contorno sus confines en el continente americano.

La publicación, comercialización y consumo de mapas y atlas constituye uno de los temas más recurrentes y fructíferos en la historiografía sobre la cartografía europea. No obstante, la reelaboración o actualización de los diseños suele quedar explicada como resultado de recientes cambios fronterizos, de un mejor conocimiento territorial o debido a la revisión científica o estética de las convenciones gráficas empleadas. Sin embargo, como advierten Iris Kantor y Thomás A. S. Haddad, toda forma material de circulación de información científica debe entenderse como un acto de consecuencias políticas, un conjunto de tensiones y decisiones que —en el ámbito de la cartografía— queda evidenciado en las transformaciones del propio mapa. A partir de dos atlas, uno terrestre y otro celeste, producidos en Portugal entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX, los autores analizan los vínculos entre el poder y una cartografía —en movimiento y en continua transformación—, vinculando Gran Bretaña, Francia y América en múltiples escalas de tiempo. Así, tras examinar los documentos de la imprenta del *Arco do Cego* y otras instituciones lusas, la creación de nuevos mapas y la reelaboración del famoso atlas celeste de Flamsteed (1729), se acredita cómo matemáticos, astrónomos, grabadores y diplomáticos participaron en la producción de un corpus cartográfico que bien podía representar y materializar las ambiciones portuguesas en el ámbito de la ciencia internacional.

Más allá de las grandes disputas imperiales por el establecimiento de fronteras y su demostrado vaivén sobre los mapas, las experiencias concretas sobre el territorio y la necesidad de precisar límites locales articuló un género específico de cartografía vinculado a los registros catastrales. Los grades cambios fronterizos, como el experimentado en el norte del antiguo virreinato de Nueva España, con la transferencia de los dominios hispánicos a la soberanía de los recientemente creados Estados Unidos, puso en circulación un corpus cartográfico previo, que dialogó con una nueva realidad política. En el último artículo del monográfico, Matthew E. Franco vuelve la vista a las experiencias concretas sobre el territorio y la creación de redes locales de información geográfica en el Lower Mississippi Valley en la transición de los siglos XVIII y XIX. Ante el nuevo Estado, los habitantes de esta área rescataron y pusieron en circulación la antigua cartografía catastral (de origen hispánico) como prueba de propiedad: una cartografía basada en el uso y explotación del territorio que sirvió para remodelar las categorías de dominio sobre los espacios colonizados y para legitimar la pervivencia de unas estructuras tradicionales ante los nuevos los poderes. Como evidencia Franco a lo largo de su artículo, la articulación española del espacio —defendida por los terratenientes y propietarios a través de los mapas catastrales— configuró el imaginario estadounidense sobre la región y fue la base de los posteriores sistemas de aprovechamiento de la tierra.

En definitiva, los procesos de circulación y transferencia de saberes geográficos que se consideran en los artículos que componen este monográfico abordan la construcción del conocimiento a través de los mapas y su transformación —en movimiento— entre Europa y América durante los siglos XVI y XIX. Desde distintos prismas, se analiza la forma en la que los mapas participaron y se construyeron *en* y *durante* procesos de circulación, determinados tanto por las contingencias históricas como por los cambios en las prácticas y métodos específicamente cartográficos. La amplitud de miras desplegada por los autores de estos trabajos, con especial énfasis en prácticas intelectuales y materiales —y abarcando diferentes ámbitos geográficos y situaciones territoriales—, contribuye a una visión renovada de la construcción y difusión de los mapas a través de su circulación y tránsito, y sus consecuentes transformaciones por distintos agentes y en diversos espacios, mediante la lectura y reelaboración de las imágenes. Los editores agradecen a los autores de los trabajos su calidad y compromiso en estos tiempos tan inciertos, difíciles para el movimiento de las personas, pero no para la circulación del conocimiento y las ideas.